

rosos en tiempo de paz para pagar las deudas que hayan ocasionado las guerras inevitables, y no cargar a la posteridad, de un modo poco generoso, con un peso que nosotros debemos soportar. La ejecución de estas máximas corresponde a vuestros representantes; pero debe cooperar a ella la opinión pública. Para que puedan estos cumplir con sus obligaciones con más facilidad, es indispensable que tengáis presente siempre, que para pagar deudas se necesitan rentas, que para tener éstas son necesarios impuestos; que no hay impuesto que no sea más o menos incómodo o desagradable; que la dificultad intrínseca que acompaña la elección de los objetos que se han de gravar (elección siempre difícil), debe servir de un motivo decisivo para juzgar con prudencia de las intenciones del gobierno que la hace, e igualmente para reposar en ella y soportar los medios que las necesidades públicas pueden exigir en cualquier tiempo, a fin de obtener rentas para atenderlas.

Observar con todas las naciones buena fe y justicia, cultivar la paz y la armonía con todas, es la conducta que ordenan la religión y la moral, ¿y sería posible, que no la ordenase igualmente la buena política? Será digno de una nación libre e ilustrada, y que no está muy distante de la época en que será grande, dar al género humano el ejemplo magnánimo y demasiado nuevo, de un pueblo constantemente guiado por la justicia y benevolencia más elevada. ¿Quién puede dudar que, con el curso del tiempo y las cosas, no compensasen los frutos de un plan semejante los perjuicios pasajeros que resultasen de su adopción? ¿Será posible que la providencia no haya vinculado la felicidad permanente de una nación a su virtud? Los sentimientos que ennoblecen la naturaleza humana, aconsejan al menos, que haga la experiencia. ¡Ah! ¿La harán tal vez nuestros vicios impracticable?

Nada sería tan esencial para la ejecución de semejante plan como cultivar unos sentimientos justos y amigables hacia todas las naciones excluyendo las antipatías inveteradas y permanentes contra unas, y las pasiones ciegas en favor de otras. La nación que quiere o que aborrece habitualmente a otra, es en algún modo esclava. Es esclava de su odio o de su afecto, y basta cualquiera de ellos, para desviarla de su obligación, de su interés. La antipatía entre dos naciones las dispone con mayor facilidad a insultar y agraviar, a ofender por causas de poca entidad, y a ser altivas e intratables, cuando sobreviene algún motivo accidental y frívolo de disputa. De aquí resultan choques frecuentes y guerras obstinadas, envenenadas y sangrientas. Una nación dominada por el odio o resentimiento, obliga a las veces al gobierno a entrar en una guerra opuesta a los mejores cálculos de la política. El gobierno participa unas veces de esta propensión nacional, y adopta por la pasión lo que la razón repugnaría; otras veces instigado por el

orgullo, la ambición u otros motivos siniestros y perniciosos hace servir la animosidad nacional a los proyectos hostiles. Por esta causa muchas veces la paz de las naciones se ha sacrificado, y acaso también, en algunas ocasiones su libertad.

La pasión excesiva de una nación a otra produce una variedad de males. El afecto a la nación favorita facilita la ilusión de un interés común imaginario donde verdaderamente no existe, e infunde en la una las enemistades de la otra y la hace entrar en sus guerras sin justicia ni motivo. Impele también, a conceder a la nación favorita privilegios que se niegan a otras, lo cual es capaz de perjudicar de dos modos a la nación, que hace las concesiones; a saber, desprendiéndose sin necesidad de lo que debe conservar y excitando celos, mala voluntad y disposición de vengarse en aquellas a quienes rehusa este privilegio. Da también a los ciudadanos ambiciosos, corrompidos o engañados (que se ponen a la devoción de la nación favorita), la facilidad de entregar o sacrificar los intereses de su patria sin odio y aun algunas veces con popularidad, dorando una condescendencia baja o ridícula de ambición, corrupción o infatuación con las apariencias de un sentimiento virtuoso de obligación, de un respeto recomendable a la opinión pública o un celo laudable por el bien general.

Tales pasiones son temibles particularmente al patriota ilustrado e independiente, que ve en ellas innumerables entradas al influjo extranjero. ¿Cuántos medios no proporcionan para mezclarse entre las facciones domésticas, para ejercitar las artes de la seducción, para desviar la opinión pública y para influir y dominar los consejos!

Un afecto de esta clase de una nación pequeña, o débil, a otra grande y poderosa irremediabilmente la constituye su satélite.

Conciudadanos míos: suplicoos que me creáis: la vigilancia de una nación libre debe estar siempre despierta contra las artes insidiosas del influjo extranjero, pues la historia y la experiencia prueban que éste es uno de los enemigos más mortales del gobierno republicano. Mas esta vigilancia debe ser imparcial para que sea útil, pues de otro modo viene a ser el instrumento de aquel mismo influjo que intenta evitar. El afecto excesivo a una nación, así como el odio excesivo contra otra, no dejan ver el peligro sino por un lado a los que predominan, y sirven de capa y aún ayudan a las artes del influjo de una u otra. Los verdaderos patriotas que resisten las intrigas de la nación favorita, están expuestos a hacerse sospechosos y odiosos, mientras sus instrumentos y aquellos a quienes alucinan, usurpan el aplauso y confianza del pueblo cuando venden sus intereses.

La gran regla de nuestra conducta respecto a las naciones extranjeras, debe reducirse a tener con ellas la menor conexión

política que sea posible, mientras extendemos nuestras relaciones mercantiles. Que los tratos, que hemos hecho hasta ahora, se cumplan con la buena fe más perfecta. Aquí debemos parar.

La Europa tiene un número de intereses primarios, que no tienen relación alguna con nosotros, o si la tienen es muy remota. De aquí resulta, que debe hallarse envuelta en disputas frecuentes, que son esencialmente ajenas a nuestros negocios. Sería, por consiguiente, una imprudencia que nos implicásemos, sin tener un interés, en las vicisitudes comunes de su política, o en las combinaciones y choques de sus amistades o enemistades.

Nuestra localidad nos convida y pone en estado de tomar un rumbo diferente. No está distante la época en que podamos vengar los ataques anteriores, si permanecemos bajo un gobierno activo en que podamos tomar una actitud que haga respetar escrupolosamente la neutralidad a que nos hubiésemos determinado; en que las potencias beligerantes, imposibilitadas de hacer conquistas sobre nosotros, no se arriesgarán con ligereza a provocarnos; en que podamos elegir la guerra o la paz, según lo aconsejare nuestro interés dirigido por la justicia.

¿Por qué hemos de perder las ventajas que nos da nuestra peculiar situación en el globo? ¿Por qué hemos de abandonar nuestra posición, para permanecer en un terreno extranjero? ¿Por qué hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, de la rivalidad, del interés y del capricho europeo, entrelazando nuestros destinos con los de cualquiera parte de Europa? Nuestra verdadera política es huir de tener alianzas permanentes con cualesquiera parte del mundo extranjero; en cuanto, según entiendo, nos es libre el hacerlo actualmente, sin que se crea por esto que yo sea capaz de patrocinare la infidelidad a los tratados existentes. Para mi concepto, la máxima, de que rectitud es la mejor política, es tan aplicable a los negocios públicos como a los privados. Repito por tanto, que se deben cumplir los tratados en su verdadero sentido. Pero en mi concepto no es necesario, y sería poco prudente el extenderlos. Si tenemos siempre el cuidado de mantenernos en una actitud respetable para nuestra defensa, con establecimientos adecuados a ella, podremos descansar con seguridad en alianzas momentáneas para cualquier apuro extraordinario.

La política, la humanidad y el interés recomiendan la armonía y comunicación liberal con todas las naciones. Pero también nuestra política mercantil debe apoyarse en la igualdad e imparcialidad, sin solicitar, ni conceder gracias exclusivas ni preferencias; consultando el orden natural de las cosas; difundiendo y diversificando por medios suaves los manantiales del comercio, sin forzar cosa alguna; estableciendo para dar al comercio una dirección